

Séptimas moradas. La vida en plenitud. El matrimonio espiritual

María José Pérez- Carmelita descalza de Puçol (Valencia)

Introducción

Fotografía y video comparten características comunes, propias del lenguaje visual, como son el encuadre o el punto de vista, pero existe una diferencia esencial entre ambos, y es que el video juega además con la dimensión *tiempo*, ya que se trata de una sucesión de imágenes fijas proyectadas a gran velocidad.

Si yo preguntara qué imagen (qué fotografía) viene a vuestra mente al oír la expresión “séptima morada” o “matrimonio espiritual” posiblemente estos conceptos los tengamos asociados a escenas de la Santa levitando en su celda con los ojos en blanco o a la conocida escultura del éxtasis de Bernini.

Sin embargo, Teresa nos ofrece una visión dinámica, en movimiento, de lo que es vivir en la séptima morada, en uno de los párrafos principales de todo el libro del *Castillo Interior*, y resumen de su experiencia espiritual.

Y es que ella, sospechando la confusión que en muchos existe al respecto, resume así lo enseñado hasta entonces, al preguntar: «¿Sabéis qué es ser espirituales de veras?» o lo que es lo mismo: ¿sabéis qué es vivir en la séptima morada? Pues bien, ser espirituales “de veras” (frente a las falsificaciones o autoengaños, tan propias del mundo religioso) es, en palabras suyas: «Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fue» (7M 4,8).

Este es el video del matrimonio espiritual, esta es la imagen en movimiento que Teresa nos transmite de lo que supone en definitiva vivir en la séptima morada.

El gran regalo que recibimos al llegar al centro del castillo no consiste en éxtasis ni voces divinas, ni arrobamientos ni levitaciones, sino que, según Teresa, la mayor merced que Dios nos hace es darnos una «vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado». E insiste en que la experiencia de las séptimas moradas nos permite imitarle «en el mucho padecer», es decir, en ser capaces de asumir el sufrimiento que conlleva vivir amorosamente, vivir para los demás: «Su vida es ya Cristo» (7M 2, 5).

Como podemos comprobar, para Teresa, el referente es siempre Cristo, el siervo sufriente que, por amor, dio su vida día a día por los caminos de Galilea, y al final, fue ejecutado en la cruz.

Dicho esto, ya podríamos concluir la exposición de las séptimas moradas, porque aquí queda resumido todo. Pero no lo haremos. Vamos a acompañarla en su explicación de esa secreta cámara donde habita el Huésped. Merece la pena.

El castillo o la grandeza del ser humano

No era una teóloga en el sentido que habitualmente le damos a la palabra, sino una mujer alcanzada por el dardo de una experiencia. Lo suyo no es escribir tratados doctrinales como harían los cultos letrados de su tiempo, sino contar lo que a ella le ha sucedido: «miren lo que ha hecho conmigo» (V 19,15) y “engolosinar” a otros con su experiencia.

Teresa relatará en su libro de las *Moradas* el proceso que va desde que alguien abandona los arrabales del castillo, cansado de vivir entre sabandijas – símbolo de la alienación del ser humano, la animalización en la que muchas veces vive-, y se adentra, estancia tras estancia, hasta el corazón del castillo.

Se ha afirmado con acierto que las 7 M son «la revelación más grandiosa de la persona» (Maximiliano Herráiz). ¿Qué quiere decir esto? Cuando viene una criatura a este mundo nadie sabe lo que acabará siendo. Es pura potencialidad, absoluta capacidad de ser en plenitud *humano*. Dependerá de qué pasos siga, qué opciones tome en la vida, qué desarrollo realice para que finalmente alcance o no la plenitud.

Somos hechura de un Dios que confesamos como amor, y haber sido creados a su imagen y semejanza implica que tenemos un potencial amoroso que podemos desarrollar para ser verdaderamente humanos: amar y ser amados. Eso y no otra cosa es vivir humanamente. Y eso mismo –no otra cosa- es vivir espiritualmente.

Esa morada más profunda, en el centro del castillo, -«donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma»- nos va a mostrar en qué consiste la plenitud de vida, que no es sino la plenitud del amor.

Edith Stein, filósofa y santa carmelita descalza de origen judío, muerta en el horror de Auschwitz, explica por qué el encuentro será en ese más profundo centro:

«El centro del alma es el lugar desde donde se hace oír la voz de la conciencia, y el lugar de la libre decisión personal. Por eso y porque la libre decisión de la persona es condición requerida para la unión amorosa con Dios, ese lugar de las libres opciones debe ser también el lugar de la libre unión con Dios¹»

La cercanía del Dios comunidad

En la vida del cristiano cabe distinguir dos grandes etapas. En un primer momento, la persona es la que reflexiona, actúa, decide, se compromete... Es lo que ha de hacer, lo que corresponde a los primeros pasos. Pero cabe una segunda etapa, que conlleva una madurez mayor. Entonces, ya no se trata de que la persona discurra, sino que se experimenta iluminada en su interior con una claridad que le permite decir: «en tu luz vemos la luz». Y no es ya que actúe ella, sino que se percibe movida en su interior por una fuerza a la que no opone resistencia. Y no es que ame, sino que se sabe envuelta en una corriente de amor que viene de Dios y pasa por ella con destino a los demás. Ha acontecido el milagro: la presencia de Dios experimentada en el dinamismo del Espíritu.

A partir de las quintas moradas, aumenta el protagonismo de Dios, que alcanza su grado mayor en las séptimas. La persona ha de activar también un dinamismo creciente, no tanto para hacer como para dejarse conducir.

Así, llegados a la última estancia del castillo, Cristo –es Él quien actúa- introduce a la persona en su morada, que es la séptima. Siguiendo el símil del ritual matrimonial, el Esposo “lleva a casa” a la esposa. Este hogar es el centro del alma de la esposa y, a la vez, el lugar donde habita el Dios trinitario.

¹ «Ser finito y ser eterno» en *Obras Completas*, p 1136

Vivir en la séptima morada es experimentar la comunión, la presencia permanente en el alma de un Dios que es Trinidad.

El Padre, eterno estar amando, «una misericordia tan sin tasa», es ese misterio insondable de amor que, amando, da origen a todo: “vida de todas las vidas”. «Nunca se quita de con él este verdadero amador, acompañándole, dándole vida y ser» (2M1, 4). Un amor hecho donación de sí: «¿Qué no dará quien es tan amigo de dar y puede dar todo lo que quiere?» (5M1, 5).

El Hijo, eterno ser amado, en quien el Padre «se deleita y se goza» (CC57), es para Teresa quien, por hacer la voluntad de su Padre, se deja cada día «hacer pedazos», el que «se honra» en llamarse esclavo (C 33, 4). Cristo no se apropia nada. Recibe la vida como regalo y la difunde sobre nosotros y la creación entera, recibe la condición de Hijo y nos la regala: «Nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues queréis que nos tenga por hijos» (CV 27, 2).

El Espíritu, abrazo recíproco, amor compartido, compenetración mutua, «divina compañía», es el «medianero entre el alma y Dios y el que la mueve con tan ardientes deseos, que la hace encender en fuego soberano, que tan cerca está» (MC 5,5). Es el que contagia en nosotros el deseo de repartir los dones de amor que recibimos, moviéndonos así a la acción por un impulso incontenible de generar vida: «me parecía, como quien tiene un gran tesoro guardado y desea que todos gocen de él» (F 1, 6) —dirá Teresa al comienzo de las *Fundaciones*.

«Estas soberanas Personas se conocen, estas se aman y unas con otras se deleitan» (Excl. 7).

En este misterio de vida, amor y comunión se experimenta inmersa la persona. El Dios Trinidad la transforma, como Él, en dador y receptor, viviendo la actividad y la pasividad propia del que es amante y amado, en una relación de sístole-diástole sin fin.

En todo su *Castillo*, pero especialmente en esta morada, Teresa nos quiere decir: no te quedes en los intermediarios («no son menester terceros», había dicho en su primera obra V 37,6). Haz tú mismo la experiencia. Ponte desnudamente ante Dios Trinidad, que no desea otra cosa sino abrazarte con su amor. No tengas miedo a entrar dentro de ti, a quedarte en silencio, a avanzar por el camino hacia la hondura que te habita. Porque caminando hacia ahí, estás caminando hacia Dios.

«Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma, en lo muy muy interior, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras; siente en sí esta divina compañía» (7M 1, 6-7).

Del matrimonio de conveniencia al matrimonio espiritual

«Matrimonio de conveniencia». Ese es el título del capítulo de la *Vida de Santa Teresa* escrita por Marcelle Auclair donde se narra el proceso que le lleva a decidir su entrada en el convento de la Encarnación, a los veinte años. De conveniencia eran, ciertamente, los matrimonios de la época, entendidos como contrato entre familias para beneficio de ambas partes. No intervenía el amor.

En ese momento, ser monja para ella era, fundamentalmente, un intento de asegurarse la salvación y una alternativa a la vida matrimonial, que no le atraía en absoluto, y no le faltaban razones. Tenía, sin ir más lejos, el ejemplo de su madre, casada a los 14 años con un viudo que le doblaba la edad. De ella dirá:

«Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad» (V 1,2).

Doña Beatriz, que en su corta vida daría a luz a nueve hijos, se refugiaba en la lectura de las novelas de caballerías para evadirse, «para no pensar en grandes trabajos que tenía» (V 2,1).

Así, la joven Teresa, haciéndose fuerza, entra como monja en la Encarnación de Ávila. Afirma: «Y en este movimiento de tomar estado, más me parece me movía un temor servil que amor» (V 3, 6). E insiste: «como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante» (V 4, 1).

Al comienzo de su vida religiosa no había aún amor, repite Teresa. Habrían de pasar otros veinte años para que ese «matrimonio de conveniencia» se convirtiera en un matrimonio por amor. Y 17 más para que viviera la experiencia llamada «matrimonio espiritual».

Teresa, finalmente, fue conquistada por Cristo, que a fuerza de amor, la atrajo, la enamoró y la unió consigo.

Por eso avanza sin temor hasta lo más hondo del castillo. Lo que allí sucede no lo narran los testigos, sino la misma protagonista, Teresa, aunque en tercera persona:

«...se le representó el Señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y Él tendría cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir» (7M 2,1).

En definitiva, se trata de una idea central: el matrimonio espiritual transforma a la persona en esposa de Cristo. Lo que es del uno pasa a ser ya del otro. Resuenan aquí las palabras del Evangelio: «todo lo mío es tuyo, y lo tuyo, mío» (Jn 17, 10). Hay una donación mutua por amor, y cada uno vive para el otro. El *Cantar de los Cantares*, libro bíblico que narra el amor entre Dios y su pueblo bajo la imagen del amor humano entre un hombre y una mujer, lo expresa también de manera insuperable con palabras que Teresa tomará para uno de sus poemas: «Mi amado es para mí y yo soy para mi amado» (Cant 2, 16).

Se trata, además, de una entrega mutua irrevocable. Así como en el desposorio, la etapa anterior, se entendía que la persona y Cristo podían separarse, aquí eso ya no se concibe:

«El desposorio espiritual es diferente, que muchas veces se apartan, y la unión también lo es; porque, aunque unión es juntarse dos cosas en una, en fin, se pueden apartar y quedar cada cosa por sí, como vemos ordinariamente, que pasa de presto esta merced del Señor, y después se queda el alma sin aquella compañía, digo de manera que lo entienda. En estotra merced del Señor, no; porque siempre queda el alma con su Dios en aquel centro» (7M 2,3).

Y Teresa entonces, presenta algunas imágenes hermosísimas para expresar esa diferencia entre lo que es transitorio (desposorio) y lo que es irrevocable y definitivo (el matrimonio):

«Digamos que sea la unión, como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda la luz fuese una, o que el pábilo y la luz y la cera es todo uno;

mas después bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, o el pábilo de la cera. Acá es como si cayendo agua del cielo en un río o fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río, o lo que cayó del cielo; o como si un arroyico pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; o como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz; aunque entra dividida se hace todo una luz» (7M 2, 4).

Más adelante, insiste en algo que le interesa destacar, y es que no debe interpretarse la expresión “matrimonio” (en el fondo, como ella afirma, “grosera comparación”) como si esta experiencia estuviese conectada con lo carnal, ya que «pasa esta secreta unión en el centro muy interior del alma, que debe ser adonde está el mismo Dios, y a mi parecer no ha menester puerta por donde entre» (7M 2,3).

Esto le sugiere a ella el paralelismo con las apariciones del Resucitado: es el Señor el que se presenta, el que se deja ver, lo hace con una corporeidad diferente, y su presencia conlleva una comunicación íntima y gozosa, no comparable a nada de este mundo:

«aparécese el Señor en este centro del alma [...] como se apareció a los apóstoles sin entrar por la puerta, cuando les dijo: «Pax vobis». Es un secreto tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a qué lo comparar, sino a que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo» (7M 2,3).

Cristo, el esposo, un Señor que se hace esclavo: «Puestos los ojos en Jesús» (Heb 12,2)

Juan Luis Vives, valenciano, voz del humanismo y la modernidad del siglo XVI europeo, pensador erasmista, y por tanto, de ideas avanzadas en su época, se pronuncia, sin embargo, de esta manera sobre la mujer casada: «En absoluto debe discutirse si las órdenes del marido deben ser para la mujer el sucedáneo de cualquier mandamiento divino, pues el marido reemplaza a Dios en la tierra» (*La formación de la mujer cristiana*, II, IV, 14). Y también «El marido (...) es dueño de la esposa, pero no la esposa del marido».

Considerada emocionalmente inestable y mentalmente inferior, la mujer, tras el matrimonio, pasaba de ser propiedad del padre a serlo del marido.

Teresa misma exhortaba a sus monjas en el libro de las *Fundaciones* a considerar «la gran merced que Dios les ha hecho en escogerlas para sí y librarlas de estar **sujetas** a un hombre que muchas veces les acaba la vida, y plega a Dios no sea también el alma» (F 31, 46).

En tiempos de Teresa, como aún hoy sucede en muchos lugares de nuestro mundo, la mujer era la esclava de su marido, y ella es muy consciente de esto, cuando afirma:

«Acordaos también de muchas casadas (yo sé que las hay) y personas de suerte, que con graves males, por no dar enfado a sus maridos, no se osan quejar, y con graves trabajos» (C 11,3).

Sin embargo, el encuentro con Cristo le hizo descubrirlo como un esposo diametralmente opuesto a los maridos de la tierra, como escribe en el *Camino de Perfección*:

«Así como dicen ha de hacer la mujer para ser bien casada con su marido, que si está triste se ha de mostrar ella triste, y si está alegre, aunque nunca lo esté, alegre, mirad de qué **sujeción** os habéis librado, hermanas. Esto con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotros: que él se hace el **sujeto**, y quiere seáis vos la señora y andar él a vuestra voluntad» (C 26, 4).

Dios se relaciona de otro modo con la persona: jamás sujeta, sino que se sujeta Él, jamás fuerza, sino que “anda rogando”, jamás pide ser servido, sino que él se hace el servidor.

Poner los ojos en Él, como nos pide con vehemencia Teresa desde el umbral del castillo, y especialmente en esta morada, supone descubrirlo así, anonadado, tomando la forma de esclavo, como se canta en el himno de la Carta a los Filipenses, que aparece como una música de fondo en esta Morada. Entrar en comunión con Él, conlleva asumir esa misma actitud suya. Hacerse esclavos de Dios para que Él nos pueda poner a servir a sus hijos e hijas de este mundo.

La servidumbre es algo que hoy nos produce un instintivo rechazo, por sus connotaciones sociológicas. Pero tiene una larga tradición bíblica en la actitud del ser humano frente a Dios, de la criatura indigente frente a su creador:

“Como están los ojos de los esclavos
fijos en las manos de sus señores,
como están los ojos de la esclava
fijos en las manos de su señora,
así están nuestros ojos
en el Señor, Dios nuestro,
esperando su misericordia”
Salmo 122

También Pablo nos recordará que hemos sido liberados de la maldad y “hechos esclavos de Dios” (Rom 6, 22). Mientras que el mal paga a sus servidores con la muerte, Dios regala a sus siervos la vida plena en Cristo (Cf. Rom 6, 23). Esclavitud liberadora como no existe otra. Podemos hacernos esclavos de Dios porque Él nos ha precedido, haciéndose esclavo nuestro. Ese es el mensaje del Evangelio y esa es la experiencia de Teresa, como ella misma escribe en el libro de las *Fundaciones*:

«Aquí se ve bien que somos esclavos suyos, vendidos por su amor de nuestra voluntad a la virtud de la obediencia, pues por ella dejamos, en alguna manera, de gozar al mismo Dios. Y no es nada, si consideramos que El vino del seno del Padre por obediencia, a hacerse esclavo nuestro. ¿Pues con qué se podrá pagar ni servir esta merced?» (F 5,17).

Se trata de vivir un proceso en espiral, de gratuízación del amor. Ir —como dice Teresa— «por el camino del amor como han de ir, por solo servir a su Cristo crucificado» (4M 2,10).

Efectos del matrimonio espiritual

Teresa descubre que la unión con Cristo, en el seno de la Trinidad, produce en ella una transformación tal que la convierte en criatura nueva². Lo afirma ella misma apoyada en la doctrina de S. Pablo, citando incluso las palabras de la primera carta a los Corintios: «El que se une al Señor, se hace un mismo espíritu con Él» (1 Cor 6, 17). Ese proceso de unión, que venía dándose incipientemente desde las quintas moradas, culmina ahora en las séptimas.

Teresa describirá los frutos que ello produce, los “efectos”, una palabra clave en su léxico, puesto que para ella, la confirmación de la experiencia de oración no viene dada por la resonancia emotiva o psicológica de lo vivido, sino por los “dejos” que después quedan en la persona, es decir, por cómo eso se traduce en la vida diaria.

La descripción de esta persona nueva, cristificada, nos revela el rostro de la santidad, o dicho con otro lenguaje, nos muestra unos rasgos de extraordinaria madurez humana y espiritual:

- **«Olvido de sí».** Frente a la imposición del yo, origen del pecado; frente al protagonismo del ego, fuente de división y violencia, aquí, la persona vive volcada en la entrega a los demás, poniéndose siempre a sí misma en último lugar. Como Cristo, que, no queriendo hacer ostentación de su condición divina, se despojó de su grandeza, anonadándose. Teresa afirma con convicción: «si ella está mucho con El, como es razón, poco se debe de acordar de sí; toda la memoria se le va en cómo más contentarle, y en qué o por dónde mostrará el amor que le tiene» (7M 4,6).
- **«Deseo de padecer».** El egoísta e inmaduro rechaza siempre el sufrimiento, le teme y huye de él. Quien se ha dejado transformar por Dios posee no un afán masoquista de sufrir, sino un ímpetu que le arrastra a buscar sin descanso el bien del otro, aceptando libre, incluso gozosamente, el sufrimiento y las contradicciones que vendrán por el hecho de vivir así.
- **«Gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que las hacen mal».** No hay resentimiento para aquel que le hace daño, al contrario, empapado por el amor de Dios que recibe, desea que también quienes le hacen mal puedan ser tocados en su corazón. El amor al enemigo es la señal más evidente de que la persona ha nacido de nuevo.
- **«Deseo de servir».** Si en etapas anteriores, deseaba morir para gozar de Dios, ahora «su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado», y a los crucificados de la tierra. «Vivir para servirle» (7M 3,14) será su meta.
- **«Un desasimiento grande de todo».** Se ha alcanzado la libertad. La persona ya no está atada a nada ni material ni espiritual: ni bienes ni honra, ni placeres ni proyectos propios, ni salud, ni personas, ni siquiera a la propia experiencia espiritual, abierta siempre al Dios que es eterna novedad.
- **«No temer los disfraces del demonio».** Cuando se ha descubierto que el amor de Dios es mayor que cualquier otra fuerza, no se temen las astucias del enemigo.

² La genial intuición de esta mujer reside en «haber concentrado todo el mecanismo de la transformación del alma en el encuentro con la persona divina»², como puso de relieve García Ordás en su extraordinario estudio *La persona divina en la espiritualidad de Santa Teresa*.

Cuando se vive abierto a la verdad, buscando siempre la luz y dejándose guiar, la persona vive confiada, «temerosa de sí» -dirá Teresa, es decir, con una sana lucidez y en permanente discernimiento.

- **«Casi nunca hay sequedad ni alborotos interiores de los que había en todas las otras a tiempos, sino que está el alma en quietud casi siempre».** Incluso, afirma: «en llegando aquí el alma todos los arrobamientos se le quitan».

Este es el estilo con que vive esta persona «de ordinario». Utiliza esta expresión, porque, en ocasiones puntuales, la persona se experimenta como dejada en «su natural», en su frágil condición: «quiere nuestro Señor que no pierda la memoria de su ser, para que siempre esté humilde, lo uno; lo otro, porque entienda más lo que debe a Su Majestad y la grandeza de la merced que recibe, y le alabe» (7M 4,2).

Marta y María. La persona vive ya únicamente para el servicio de los demás, como Cristo

La experiencia del matrimonio espiritual con este Cristo, que es “divino y humano junto”, conlleva paralelamente el cese de la división interior entre contemplación y acción. Ambas dejan de estar en tensión, porque pasan a ser expresión de la persona en su identificación con Dios. Unida a la Trinidad, inmersa en las relaciones de comunión que viven Padre, Hijo y Espíritu Santo, la voluntad de la persona se identifica con la voluntad de Dios, y desaparece toda división. Se produce entonces la paradoja de que la máxima interioridad conlleva no el aislamiento sino la máxima preocupación por nuestro mundo y la implicación en sus problemas.

La amistad con Dios (eso es oración para Teresa) se expresa en un diálogo permanente. Como Dios habla en la vida, a través de su cuidado permanente sobre el mundo, así, entrar en diálogo con él será también responderle en la vida, a través de la acción. Para Teresa, no existe oposición entre acción y contemplación.

Además, la Santa hace una llamada de atención a sus monjas, quizá algunas obsesionadas con la oración y desentendidas de lo demás. A estas les advierte del peligro de quedarse subdesarrolladas:

«Torno a decir, que para esto es menester no poner vuestro fundamento solo en rezar y contemplar; porque, si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas; y aun plega a Dios que sea solo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, descrece; porque el amor tengo por imposible contentarse de estar en un ser, adonde le hay» (7M 4, 9).

Teresa se servirá para ejemplificar este tema de la acción y la contemplación del pasaje evangélico de Marta y María, que hospedaron a Jesús en su casa. Mientras Marta se afanaba por preparar todo para Jesús, María, sentada a sus pies, le escuchaba:

«Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer» (7M 4, 12).

«Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras» (7M 4, 6).

Aquí también Teresa hace una llamada de atención a sus monjas sobre las obras que ellas pueden hacer. No se trata de soñar lo imposible (ellas no podían ir como misioneras a evangelizar el Nuevo Mundo, ni instruir con su predicación, como mujeres que eran) –a eso le llama ella hacer «torres sin fundamento»:

«algunas veces nos pone el demonio deseos grandes, porque no echemos mano de lo que tenemos a mano para servir a nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentas con haber deseado las imposibles» (7M 4, 14).

Y ofrece la clave: «el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen» (7M 4, 15).

Se ha dicho que el libro de las *Fundaciones* es la continuación al capítulo cuarto de las séptimas moradas³. Como podemos comprobar por ese libro, vivir en las séptimas moradas no hizo que Teresa se quedara disfrutando de su experiencia mística en un rincón de su monasterio, sino que la lanzó a la acción, en un deseo de compartir lo que ella había recibido. Y eso le hizo meterse en infinitos problemas, en un ir y venir por los caminos de la España del siglo XVI, no precisamente cómodos, enferma como estaba casi siempre. Tenía que tratar con unos y otros, con todo tipo de gente, desde los muleros y venteros hasta los obispos y señoronas de la alta sociedad. A nada hacía ascos. Todo era servir al huésped.

Al final, solo queda «el callado amor»

Juan de la Cruz, compañero de Teresa en su aventura espiritual, nos habla de un Dios cuyo lenguaje «solo es el callado amor». Nada le importa a Dios fuera del amor, y solo ese callado amor toca su corazón y transforma el mundo con su fecundidad: "...en esa morada suya sólo El y el alma se gozan con grandísimo silencio" (7M 3, 11).

La persona, transformada por ese encuentro, ha alcanzado el Centro que la centra. Ahora puede volver al tráfago de la vida, no importa en qué compromisos se implique ni con cuánta gente trate. Su corazón será un recinto de silencio en que solo se escucha la música callada del amor.

³ Antonio Mas, *Acercar el cielo*, Sal Terrae, 2009², p. 270.